

Quid Tum

Massimo Cacciari

QVID TUM ◇

Creo que todos nosotros sabemos qué cosa nos diría Manfredo en este momento. Nos preguntaría por qué lloramos —nos preguntaría si no sabemos que el nombre del río que nos arrastra es Vida, y que «*eius ripa mors*».

Y luego agregaría —y quien lo escuchó sabría la fuente de sus citas— que el río no homologa, no iguala, no deforma el perfil de nadie. En el río que es Vida, transcurren aquellos que son sacudidos aquí y allá, aquellos que se aferran a odres inflados y vanos, aquellos que nadan desesperados solamente por sobrevivir— y otros que, por el contrario, resisten, otros que se confían a las tablas de las «*bonae artes*», otros que echan mano en la construcción de «*naviculae*». Y ninguno más que estos es querido a los dioses: ninguno más que aquellos que luchan por guiar nuestras naves y por reparar aquellas tablas. Y nos diría Manfredo que esto es «*improbis labor*», un trabajo así fatigoso de parecer inocuo: construir andando, construir en el tiempo, construir con *el* tiempo que nos es concedido. «Ninguna cosa se halla más laboriosa que el vivir y es necesario afrontarla con las manos y con los pies, con todos los nervios, con toda destreza y consejo». No basta la razón, no basta la experiencia, son necesarios manos y pies y nervios para recoger y tender de nuevo incesantemente las velas en todas las tempestades, en cada éxito, y en cada naufragio. «*Improbis labor*», sin espectadores, que no admite espectadores. Nadie está libre de la *vicissitudo* que a todos nos constriñe, *que todos somos*. Y tal vicissitudo obliga al continuo ejercicio, a la perenne transformación, al saber por indicios y conjeturas. De tal saber ha sido maestro Manfredo —no de fundamentos o certezas. Y nos lo ha enseñado sin énfasis,

QVID TUM ◇

Creo tutti noi sappiamo che cosa ci direbbe Manfredo in questo momento. Ci chiederebbe perché piangiamo —ci chiederebbe se non sappiamo che il nome del fiume che ci strappa via e Vita, e che «*eius ripa mors*».

E poi aggiungerebbe —e chi lo ha ascoltato saprebbe la fonte delle sue citazioni —che il fiume non omologa, non uguaglia, non deforma i lineamenti di alcuno. Nel fiume che è Vita trascorrono quelli che vengono sbattuti qua e là, quelli che si aggrappano ad otri gonfi e vani, quelli che nuotano disperati per sopravvivere soltanto —e altri che resistono, invece, altri che si affidano alle tavole delle «*bonae artes*», altri che mettono mano alla costruzione di «*naviculae*». E nessuno più di questi è caro agli dei: nessuno più di coloro che lottano per guidare le nostre navicelle e per riparare quelle tavole. E ci direbbe Manfredo che questo è «*improbis labor*», un lavoro così faticoso da apparire iniquo: costruire andando, costruire nel tempo, costruire *col* tempo concessoci. «Niuna cosa si trova più faticosa del vivere e occorre affrontarla con le mani e coi piedi, con tutti i nervi, con ogni industria e consiglio». Non basta la ragione, non basta l'esperienza, occorrono mani e piedi e nervi per ritrarre e ritendere incessantemente le vele in tutte le tempeste, in ogni fortuna e in ogni naufragio. «*Improbis labor*», senza spettatori, che non ammette spettatori. Nessuno è libero dalla *vicissitudo* che tutti ci costringe, *che tutti siamo*. E tale vicissitudine obbliga al continuo esercizio, alla perenne trasformazione, al sapere per indizi e congetture. Di tale sapere è stato maestro Manfredo —non di fondamenti o certezze. Ma lo ha insegnato senza enfasi, senza retorica alcuna. Con ironia lo affermava, e perciò con tanto più vigo-

sin retórica alguna. Con ironía lo afirmaba, y por lo tanto con mucho más vigor: porque ironía significa insistencia al interrogar y distancia y medida del pathos. Manfredo enseñaba que la misma virtud, el mismo ejercicio tienen la misma raíz de la impaciencia y de la inquietud que nos afligen, que la misma búsqueda y la misma interrogación manifiestan los principios de aquella espera, de aquel ansia, de aquel descontento del cual queremos asimismo liberarnos. Manfredo enseñaba que nuestro ser vicisitud equivale a la necesidad de disfrazarnos, de simularnos, de desnaturalizar todo. Enseñaba Manfredo que la fuerza que nos renueva y nos impulsa es aquella misma que nos arrastra. Enseñaba la cosa más difícil: el arte del desencanto junto a la esperanza y la fe. Es fácil el desencanto que sobreviene a la muerte de la esperanza y de la fe; y es otro tanto fácil comunicar esperanza y fe cuando no se está cerca o se rechaza el áspero ejercicio del desencanto. Pero enseñar desencanto, esperanza y fe *in uno*, enseñar aquella fe y aquella esperanza que exigen desencanto, y aquel desencanto que nos mantiene limpia la mirada para ver esperanza y fe — bien, de esto son capaces solamente los más grandes maestros, cualquiera que sea su disciplina.

El último gran libro de Manfredo se titula *Ricerca del Rinascimento*.¹ Es mucho más que una investigación sobre el Renacimiento: es la visión del Renacimiento *come ricerca*. Este título es ya en sí un programa de filología viva, de filología como amor por la palabra viva, por el clásico como aquello que siempre nos interroga y nos pone en cuestión, por el clásico como *cardine* de nuestras mismas inquietudes. Y así, Manfredo quiso que sobre la cubierta de este libro suyo compareciera el emblema de nuestro queridísimo amigo —del maestro que ha marcado en los últimos años nuestra amistad, León Battista Alberti— grabado por Matteo de' Pasti. En éste él veía, juntos nuevamente, la velocidad del golpe de ojo, de la intuición y la fatiga que cuesta estar siempre despiertos, «pervigiles et circumspecti», el no poder nunca estar en paz. Rápido, sí, alado nuestro ojo, mas no del todo divino: con la mirada fija a la pregunta esculpida debajo de su imagen: «quid tum».

¿Y entonces qué? ¿Qué, cuando hemos llegado así vigilantes, así «circumspecti»? ¿Qué cosa vemos, entonces, amigos filólogos, amigos filósofos? ¿Es que acaso vuestro edificio cesa de ser

re: poiché ironia significa insistenza dell'interrogare, e distacco e misura del pathos. Manfredo insegnava del pathos. Manfredo insegnava che la stessa virtù, lo stesso esercizio hanno la medesima radice dell'impazienza e dell'irrequietezza che ci affliggono, che la stessa ricerca e la stessa interrogazione manifestano i principi di quell'attesa, e di quell'ansia, di quella incontentezza da cui vorremmo pure liberarci. Manfredo insegnava che il nostro essere vicissitudine equivale alla nostra necessità di mascherarci, di contraffarci, di denaturare tutto. Insegnava Manfredo che la forza che ci rinnova e ci sospinge è quella stessa che ci trascina. Insegnava la cosa più difficile: l'arte del disincanto insieme a speranza e a fede. È facile il disincanto che sopraggiunge alla morte di speranza e di fede; ed è altrettanto facile comunicare speranza e fede quando non si è appreso o si rifiuta l'aspro esercizio del disincanto. Ma insegnare disincanto, speranza e fede *in uno*, insegnare quella fede e quella speranza che esigono disincanto, e quel disincanto che ci tiene sgombro lo sguardo per vedere speranza e fede —ebbene, di questo sono capaci soltanto i maestri più grandi, qualsiasi sia la loro disciplina.

L'ultimo, grande libro di Manfredo si intitola «Ricerca del Rinascimento». È ben più di una ricerca *sul* Rinascimento: è la visione del Rinascimento *come ricerca*. Questo titolo è già in sé un programma di filologia viva, di filologia come amore per la parola viva, per il classico come ciò che sempre ci interroga e ci mette in questione, per il classico come *cardine* delle nostre stesse inquietudine. Ebbene, Manfredo volle che sulla copertina di questo suo libro comparisse l'emblema del nostro amico carissimo —del maestro che ha segnato negli ultimi anni la nostra amicizia, Leon Battista Alberti— inciso da Matteo de' Pasti. In esso egli vedeva, di nuovo insieme, la velocità del colpo d'occhio, dell'intuizione e la fatica che costa l'essere sempre desti, «pervigiles et circumspecti», il non poter mai essere in pace. Rapido, sì, alato il nostro occhio, ma nient'affatto divino: è lo sguardo fisso alla domanda scolpita sotto la sua immagine: «quid tum».

Che cosa, allora? Che cosa, quando siamo giunti ad essere così vigili, così «circumspecti»? Che cosa vediamo, allora, amici filologi, amici filosofi? Forse che il vostro edificio cessa di essere maschera? Che cosa avete trovato nella vostra veglia intermina-

máscara? ¿Qué cosa habéis encontrado en vuestra vigilia interminable? «Busca hasta el límite extremo, revuelve hasta las montañas, sondea el fondo de los ríos y de los mares, porta a la luz aquello que está escondido —más el lugar de la sabiduría ¿dónde está? Quien no sienta la pregunta de los *Salmos* al término de cada página, de cada línea, de cada palabra de Manfredo, nada ha comprendido de su obra. En eso consiste su profunda religiosidad: *vera non saeva religio*, aquella que libera a la pregunta, a la espera —aquella del *Deus semper adveniens*, no del dios que ha sido. Religiosidad que está en la raíz del anti-dogmatismo de Manfredo, de su constante cuerpo a cuerpo contra *todos* los dogmatismos. Quien es más viejo entre nosotros lo recuerda, entre los años '60 y '70, con cuanta incitante ironía criticase los dogmatismos entonces imperantes: aquellos de la Novitas, del Avantgarde —precisamente a través del reclamo a la filología, a la *pietas* por la tradición viva. Aun más áspera fue su polémica contra los dogmatismos actuales, contra aquel odioso que se amamanta del relativismo y convencionalismo, que cacarea a cada paso la «muerte de la ideología», y para el cual, en realidad, intercambiable salvo precisamente que *todo* sea intercambiable, mercancía, producto, moda. De esta crítica animaba sus clases y sus libros y sus encuentros con todos nosotros —de esta ética de la convicción, que es infinitamente más profunda que una simple ética de la responsabilidad.

En esta ciudad, que justo Manfredo nos ha enseñado a entender y amar, él que no era de esta ciudad, como lugar de tiempos plurales, como fuerza de una «renovatio» sin catástrofes, exenta de gestos, palabras, frases, rica por sus disonancias - ¿Sabremos serle fieles en esta ciudad? ¿Sabremos serle fieles a su interrogante filología, a su «quid tum»? ¿A su amor por órdenes sin leyes, sin constricciones? ¿Sabremos ser fieles, también, a su risa, a la fuerza desacralizante de su risa contra cualquier pretensión de infligirnos cánones, dogmas? ¿Sabremos continuar escuchando su sereno-severo llamado a la *cosa*, su «de re aedificatoria»? Puesto que nosotros construimos en el tiempo y *de tiempo* son hechos nuestros edificios. Y del tiempo, entonces, debemos aprender a hacer un tesoro —para poder siempre tenerlo, así como Manfredo siempre lo tenía, para sus amigos, para sus alumnos, para sus conciudadanos. Era *su* tiempo, y Manfredo

bile? «Fruga fino al límite extremo, sconvolgi pure le montagne, scandaglia il fondo dei fiumi e dei mari, porta alla luce quello che è nascosto —ma il luogo della sapienza dov'è? *Sapientia vero ubi invenitur?*» Chi non sente la domanda dei *Salmi* al termine di ogni pagina, di ogni riga, di ogni parola di Manfredo, nulla ha compreso della sua opera. In ciò consiste la sua profonda religiosità: *vera, non saeva religio*, quella che libera alla domanda, all'attesa —quella del *Deus semper adveniens*, non del dio che è stato. Religiosità che sta alla radice dell'anti-dogmatismo di Manfredo, del suo costante corpo a corpo contro *tutti* i dogmatismi. Chi è più vecchio tra noi lo ricorda, tra anni '60 e '70, con quanta sferzante ironia criticasse i dogmatismi allora imperanti: quelli della Novitas, dell'Avantgarde —e proprio attraverso il richiamo alla filologia, alla *pietas* per la tradizione viva. Ma ancor più aspra è stata la sua polemica contro i dogmatismi attuali, contro quell'odioso dogmatismo che si ammantava di relativismo e convenzionalismo, che chiacchiera ad ogni piè sospinto di «morte dell'ideologia», e per il quale, in realtà, tutto è relativo fuorché appunto il Relativo, tutto è scambiabile fuorché appunto che *tutto* sia scambiabile, merce, prodotto, moda. Di questa critica animava le sue lezioni e i suoi libri e i suoi incontri con tutti noi —di questa etica della convinzioni, che è infinitamente più profonda di una semplice etica della responsabilità.

In questa città, che proprio Manfredo ci ha insegnato a capire e ad amare, lui che non era di questa città, come luogo di tempi plurali, come forza di una «renovatio» senza catastrofi, scevra da gesti, parole, frasi, ricca delle sue dissonanze —in questa città sapremo rimanergli fedeli? Sapremo restare fedeli alla sua interrogante filologia, al suo «quid tum»? al suo amore per ordini senza legge, senza costrizioni? Sapremo restare fedeli al suo riso, anche, alla forza dissacrante del suo riso contro ogni pretesa di infliggerci canoni, dogmi? Sapremo continuare ad ascoltare il suo sereno-severo richiamo alla *cosa*, il suo «de re aedificatoria»? Poiché noi costruiamo nel tempo e *di tempo* son fatti i nostri edifici. E del tempo, dunque, dobbiamo imparare a fare tesoro — per poterne sempre avere, così come Manfredo sempre ne aveva, per i suoi amici, per i suoi allievi, per i Sapremo anche noi fare del tempo concessoci opera, costruzione,

nunca fue presa del tiempo. ¿Sabremos también nosotros hacer del tiempo concedido obra, construcción, pintura, lineamiento, medida? Es difícil hoy pensar que lo lograremos, sin su presencia, sin su ejemplo. Es fácil pensar, por el contrario, que acabaremos sumergidos en el diluvio de charlas, de rumores, de dogmatismos a la moda, los más opuestos a cualquier convicción y a cualquier responsabilidad. Sin embargo, debemos prometerlo, hoy, debemos prometérselo, aquí, entorno a Manfredo: trataremos «con las manos y con los pies, con todos los nervios, con toda destreza y consejo» de serle fieles, de escucharlo. Nos va en ello nuestra escuela, no solo las relaciones entre nosotros, entre estudiantes, docentes y no docentes de esta escuela —nos va, quisiera decirlo si no temiese caer en esta retórica que Manfredo aborrecía, nos va nuestra alma.

Quid tum Oración fúnebre para Manfredo Tafuri pronunciada por Massimo Cacciari el 25 de febrero 1994 en el patio de Tolentini. Con el consentimiento expreso del autor para esta publicación.

1 Edición castellana: *Sobre el Renacimiento: principios, ciudades, arquitectos*, Cátedra, Madrid, 1995.

pittura, lineamento, misura? È difficile oggi pensare che ce la faremo, senza la sua presenza, senza il suo esempio. È facile pensare, invece, che finiremo sommersi nel diluvio di chiacchiere, di rumori, di dogmatismi alla moda, i più opposti ad ogni convinzioni e ad ogni responsabilità. Eppure, dobbiamo prometterlo, oggi, dobbiamo promettercelo, qui, intorno a suoi concittadini. Era il *suo* tempo, Manfredo, e mai è stato del tempo. Manfredo: cerche remo «con le mani e coi piedi, con tutti i nervi, con ogni industria e consiglio» di essergli fedeli, di ascoltarlo. Ne va non solo della nostra scuola, non solo dei rapporti tra noi, tra studenti, docenti e non docenti di questa scuola — ne va, vorrei dire se non temessi di cadere in quella retorica che Manfredo aborrevva, ne va della nostra anima.

Quid tum Orazione funebre per Manfredo Tafuri pronunciata da Massimo Cacciari il 25 febbraio 1994 nel cortile dei Tolentini.